

para evitar su invasion. Las ciudades que intentaron resistir detrás de sus murallas, fueron arrasadas; Timur hizo construir en el sitio que ocupaban torres cuyas paredes eran hechas con hombres vivos, amasados con cal. Estas pirámides y estos arcos de la muerte fueron imitados mas tarde por los turcos en los campos de batalla de la Servia y de la Bulgaria. Nosotros mismos hemos suspirado al pasar por estas catacumbas expuestas á la luz del sol.

XII

Miéntas que invernaba al pié del Cáucaso y convidaba á pueblos enteros á cacerías gigantescas, imágenes de los placeres de la Tartaria, Ispahan, ocupada por la retaguardia de su ejército, se sublevaba al son del tambor de un herrero patriota, que habia enarbolado por estandarte su delantal de cuero. A su voz, los persas inmolan tres mil tártaros, y limpian la ciudad de sus opresores. Pero Timur envia allí en seguida cien mil soldados con órden de que cada uno le traiga la cabeza de un persa, si no quieren ellos perder la suya propia. Ispahan consternada pagó á

este precio la rebelion del herrero. Timur no exceptuó mas que á los sabios, á los religiosos y a los poetas, como Alejandro habia exceptuado á Píndaro. La piedad, la ciencia y el númen eran divinos á sus ojos. Estas cien mil cabezas sirvieron para formar pirámides que se alzaron sobre las plazas de la desierta ciudad.

Regresando en la primavera por la Persia oriental, Timur arrasó las ciudades populosas y se llevó delante de sí á sus habitantes hácia Tartaria. Pobló á Samarcanda con los príncipes del territorio de Fars, centro de la Persia antigua, despues de haber sembrado de sal el terreno que ocupaban sus palacios y sus jardines.

XIII

Samarcanda lo esperaba con las fiestas triunfales con que celebraba su vuelta de la guerra. En tanto que preparaba una inmensa expedicion contra un kan rebelde de la Tartaria mayor, empleó los ócios del invierno en cazar cisnes en los lagos helados y en los pantanos de Bokhara. Estas cazas magníficas,

instituidas por Gengis-Kan como una prerogativa salvaje de la soberanía, servian para retener al lado del kan á los jefes y á la juventud de las tribus, y para entretenerlos con los rudos ejercicios de la guerra.

Despues que convocó el consejo general de los veintisiete reinos, llamando á las armas á quinientos mil ginetes, Timur entró en campaña ántes de que se acabara el invierno. Esta vez dejó en Samarcanda á su córte y su haren, para evitar á sus esposas y á sus hijas las fatigas de una guerra en los mas ásperos climas del Thibet. Una sola mujer favorita y confidente de sus mas secretos pensamientos, lo acompañaba en un pabellon llevado por un elefante. Era una cautiva, hija de un príncipe de la raza de los djettas, que había conquistado el corazon del vencedor de su familia, y á la que sus hechizos habían valido el nombre de *Estrella de la mañana*. La saciedad no excluía estas preferencias apasionadas en el alma de Timur, del mismo modo que sucedía á Mahoma. Pronto veremos otros ejemplos de esto en el haren de los sultanes musulmanes.

Apénas salió Timur de Samarcanda, vió acudir á él á los embajadores del príncipe á quien iba á destronar, para pedirle la paz y solicitar su perdon. Requería el uso de la Tartaria que los embajadores re-

corriesen á galope la distancia que los separaba del kan, y que precipitándose de los caballos á su aspecto, aparentasen refugiarse en su sombra. Estos mensajeros de paz presentaron á Timur una carta con las disculpas de su señor, una ave de rapiña domesticada, y nueve caballos de carrera, cuya incomparable agilidad se halla confirmada por numerosos testimonios.

Esta sumision no ablandó á Timur. Continuó su camino hasta una cadena de colinas que domina la gran Tartaria. Al llegar á la cima de esta meseta, contempló el inconmensurable océano de verdes estepas que no tenían á sus ojos otro limite que el cielo. Cada uno de sus soldados llevó al pasar una piedra para edificar en el sitio en que el kan se había sentado, una torre monumental, destinada á recordar eternamente la reunion de aquella multitud de hombres para llevar á cabo la venganza celeste.

Al pié de la meseta, dispuso una cacería de muchos dias en las estepas para proveer al ejército de caza y animales salvajes. Millares de bueyes, carneros, camellos y cabras, seguian además al ejército á cierta distancia, apacentándose por el camino y suministrando leche y carne á aquella nacion de soldados.

Despues de las cacerías, Timur, montado en un caballo persa, de maravillosa alzada, con la corona

de rubies en la cabeza, y un cetro de oro, terminado en una cabeza de buey en la mano, pasó la revista á su ejército. Todo emir y todo jefe de una horda se apeaba delante de él, y con su caballo de la brida, prosternaba la frente en el suelo y bendecía al soberano.

El santo iman de la Tartaria, el viejo scheik que habia predicho el primero el destino todavía entre sombras de Timur, se prosternó tambien, recogió un puñado de polvo y arrojándolo hácia la parte por donde se debia encontrar el enemigo, exclamó como si el cielo lo inspirase:

« Que vuestros rostros sean ennegrecidos por la
« infamia y la derrota! Ahora, marcha, continuó el
« viejo dirigiéndose al kan, marcha adonde quieras,
« en todas partes serás vencedor! »

Las trompetas resonaron en el campamento, y el ejército, con voz unánime, lanzó el grito de: *Surun!*
ó Adelante!

XIV

El rebelde, vencido por el terror ántes de serlo en el combate, huyó, de derrota en derrota, hácia el

Norte, hasta el rio, hoy ruso, del Volga. Su ejército, su corte, sus esclavos, sus mujeres, sus rebaños, sus tesoros, no pudieron atravesar el rio tan pronto como él. Una nacion entera cayó y se convirtió en botin del ejército de Timur. El kan se apropió lo mas selecto y de mas valía. Las mas hermosas cautivas fueron elegidas para su haren de Samarcanda; seis mil jóvenes escogidos por sus bellas formas y su agraciada fisonomía fueron reservados para el servicio del interior de sus palacios. Cada emir tuvo su parte, cada soldado su despojo en la distribucion de los tesoros, de los esclavos y de los rebaños. La historia iguala al poema, cuando refiere el lujo de las fiestas que Timur dió á su ejército en las márgenes del Volga.

« Sentóse al sol, dicen los historiadores de la época,
« sobre el trono de oro de los antiguos reyes de la
« Tartaria mayor, rodeado de beldades veladas del
« haren del kan vencido, fijando deleitosamente sus
« miradas en la favorita de su corazon, la *Estrella*
« *de la mañana*, en sus hijos, sus nietos, sus genera-
« les, vestidos con los mas brillantes uniformes de
« guerra y de corte, banquetes incesantes reunian á
« un millon de convidados; las bailarinas embria-
« gaban los ojos, los músicos encantaban los oidos,
« los poetas arrebatában el corazon de los conquista-

« dores. Dario y Jerjes se oscurecian ante este Alejandro del desierto. »

XV

En la primavera del año siguiente, continuó su marcha hácia la Mesopotamia atravesando de nuevo la Persia; Bagdad y Schiras lo vieron pasar por la tercera vez. La victoria y el imperio no habian enervado su valor. Vencer era para él mas que reinar. Se complacia en adelantarse á su ejército, seguido por algunos centenares de sus mas intrépidos emires, y en pelear como un simple soldado contra los principales árabes ó persas que querian cerrarle los desfiladeros de las montañas. En una de estas ocasiones, estuvo á pique de perecer bajo el sable del schah Mansur, usurpador de las provincias montuosas de la Persia. El hijo favorito de Timur, Mirza-Schah-Rokh, se interpuso entre el kan y su enemigo, derribó de un bote de lanza al guerrero persa, le cortó la cabeza, y presentándosela á Timur: « Así, dijo, » deben rodar á los piés de tu caballo las cabezas de

« todos tus enemigos. » Los tártaros que presenciaron esta proeza, tocaron nueve veces la tierra con su frente como muestra de alegría y de admiracion por el héroe, que revivia ya en otro héroe.

Timur dió la soberanía de la Persia reconquistada á Miran-Schah, su hijo y su vasallo, regresó á Bagdad en una galera llamada el *Sol*, dejó descansar allí dos meses á sus tropas, restableció la disciplina, relajada por la guerra, hizo verter en el Eufrates todo el vino que se encontró en la ciudad, recibió á los embajadores de los sultanes de Siria y de Egipto, que intentaban detenerlo con su sumision, y entró en la Mesopotamia por el gran desierto. Señaló su pasaje por la venganza contra todo lo que oponia resistencia, por su liberalidad con los sabios, los sacerdotes y los poetas de las dos religiones que se disputaban el dominio de aquellas provincias, los cristianos y los mahometanos. Alternativamente iba á orar sobre los sepulcros de los santos y sobre los de los dervises memorables. ¿ Su culto por la ciencia y por la virtud era imparcial, era filosofía, era política? La historia no ha explicado este misterio de la vida del conquistador.

Al llegar cruzando la Armenia á las Puertas de Hierro, que cierran el Cáucaso, supo que el rey vencido de la Gran-Tartaria, Toctamisch habia reunido

su gente detrás del Volga , habia pasado las gargantas del Cáucaso, y se acercaba para renovar la lucha en este nuevo campo de batalla. « Tanto mejor , dijo á « los tártaros uzbeks que le anunciaron esta nueva « ocasion de gloria; dejemos venir á Toctamisch y su « ejército; mas vale que la caza venga á las redes, que « tener que explorar el terreno para levantarla. Un fai- « san viejo no teme al halcon , y cuando la langosta « ha crecido bastante para que tengan sus alas el co- « lor de sangre , vuelve picotazo por picotazo al gor- « rion que quiere devorarla. »

El campo de batalla fué la costa oriental del mar Caspio. La larga marcha habia disminuido el ejército de Timur; ántes de la accion pasó revista á los tártaros con una severidad minuciosa, examinando si los soldados tenian sus espadas, sus lanzas, sus mazas y la red con que los guerreros tártaros envuelven á su enemigo desarmado. Él mismo , á caballo, á la cabeza de treinta escuadrones escogidos, cayó como el rayo sobre el centro de los enemigos desordenados, y precipitándolo en las olas, vió huir á las alas que hicieron prisioneras sus ginetes. El Volga y el Dnieper despejados así lo vieron devastar la Rusia hasta Moscú en una campaña de cinco años. Los rusos, que hacian ya temblar á los griegos de Bizancio, tiemblan ante los tártaros y les abandonan sus pro-

vincias, su marina, sus riquezas, frutos de la espada como las conquistas de Timur.

Volvió por otro camino á Samarcanda, en donde las delicias de los jardines, el amor de las mujeres, el comercio con los literatos, los elogios de sus poetas lo descansaron de cinco años de proezas. Avido de todo género de inmortalidad para su nombre, empleó los dias pacíficos en construir los edificios que transmiten la memoria de los ambiciosos á los siglos venideros, y cuyas ruinas habia contemplado en Persépolis. Levantó un palacio de mármol trasparente, parecido al alabastro, que era obstáculo para el frio, al paso que dejaba penetrar una luz suave en sus habitaciones. Pintores griegos traídos de Bizancio decoraron sus cúpulas con frescos, páginas coloradas de la historia de sus campañas. En ellas aparecia en todas las fases de su vida, desde pastor tártaro hasta soberano de las dos Asias. Este palacio lo dió á una de las hijas del difunto Miran-Schah, llamada Be-ghizzi, nieta suya.

Meditando nuevas expediciones mucho mas distantes, y temiendo las disenciones que pudieran surgir despues de su muerte entre sus hijos por el reparto del imperio, invistió á su hijo Schah-Rokh con la soberanía de las provincias persas, las mas propias en su juicio para afianzar con su posesion la superiori-

dad de las armas y de la política sobre las otras.

Entre los demás hijos ó nietos distribuyó el gobierno de todos sus reinos. Aunque de sesenta y cuatro años de edad, se casó con una jóven mongol, llamada Tukel-khanum, y enamorado ciegamente de su octava y nueva esposa, le regaló el jardin mas delicioso de Samarcanda, á quien habia puesto el nombre de « jardin que *ensancha el corazon.* »

XVI

Este amor, sin embargo, no le hizo olvidar el sueño de todos los conquistadores, la India. La recorrió desde el Indus hasta Delhi, desde el Océano, hasta el Thibet. Su ejército marchaba seguido de un infinito número de esclavos, hechos en las primeras victorias, pero que podian comprometer el éxito de otras batallas. Una órden atroz hizo morir á cien mil en una noche. Cada soldado tártaro se vió obligado á sacrificar los suyos por su propia mano. El remordimiento, la piedad, la indignacion se apoderaron de las tropas; los imanes presagiaban la cólera del cielo. Timur respondió á esta sublevacion de la conciencia

de sus soldados con la toma y la carnicería de Delhi. La sangre que habia vertido á torrentes le embriagaba. La obediencia de los hombres le habia enseñado á despreciarlos como al polvo que pisaban los piés de su caballo. La lista de su botin, dividido entre sus soldados despues del asalto de Delhi, y la narracion de sus crueldades contra los indus inocentes de todo crimen, harian dudar de la historia, si no confirmaran su autenticidad europeos del ejército de Timur, que fueron testigos oculares. Oro, plata, piedras preciosas, diademas, cinturones sembrados de diamantes de Golconda, rubies y zafiros de Ceylan, elefantes amansados, caballos y camellos innumerables, y esclavos de ambos sexos constituian estos despojos. Cada soldado recibió cien esclavos por su parte, cada tártaro de los que seguian el ejército, recibió veinte. Diez filas de elefantes acompañaron los cortejos que iban á llevar las cartas de las victorias de Timur á los príncipes tributarios de la Tartaria, del Kaptchack y de la Persia. Repartió entre ellos á millares los artistas, los trabajadores, los pintores, los arquitectos que habian decorado el Hindustan con sus obras, á fin de que introdujesen las mismas artes y levantasen los mismos monumentos en la Tartaria. Despobló la India para poblar las estepas de Samarcanda. Los ídolos indios fueron mandados trasportar

por él á su capital para que sirvieran de material á las mezquitas. Todos los güebros ó adoradores del fuego, inmolados en las orillas del Ganges, tiñeron las aguas sagradas de color de sangre. Al fin de cada expedicion, una cacería de leones, de tigres, rinocerontes, ciervos azules, pavos reales y papagayos sirvió para celebrar su triunfo. Habiendo bajado al valle misterioso de Cachemira, el eden de la India, gozó algunos dias de sus deleites, derribó los templos de la idolatría, y volvió á Samarcanda, habiendo llevado á cabo en un año la campaña que costó diez á Alejandro.

XVII

Despues de algunos dias de reposo se dirigió por la parte de Occidente inclinándose hácia el mar Caspio. Entró por aquellos valles profundos en el Cáucaso, ciudadela natural de estas regiones, cuya posesion quiso trasmitir á los de su raza. Los georgianos se defendieron contra el dominador de la Tartaria con la misma constancia que despliegan hace casi un

siglo en defenderse contra el czar, dominador del Norte. Para atacarlos cuerpo á cuerpo en las gargantas inaccesibles del Cáucaso, obstruidas por los georgianos, empleó los caminos aéreos. Hizo construir cestos inmensos, que llenó de soldados, haciéndolos bajar con cuerdas pendientes de poleas al fondo de aquellos precipicios, á trescientos ó cuatrocientos codos de profundidad. Sus soldados peleaban desde allí contra los georgianos, asaetados por sus dardos. Para dar ejemplo á sus tropas, el mismo Timur bajó y subió siete veces en aquellas balsas aéreas. Apelando á medios bárbaros que se han visto renovar en estos tiempos en Africa, hizo tapiar las cavernas en que se habian refugiado algunas tribus del Cáucaso, como quien encierra á animales en sus madrigueras. Estos sacrilegios horribles sublevaron el ánimo de sus mismos tártaros.

Desde el pié del Cáucaso se dirigió á Sinope y Cesárea. Sus hordas pisaban por la vez primera las recientes posesiones de los turcos en las orillas asiáticas del mar Negro. Dos principes de Caramania y de Kermian, destronados, segun hemos visto, por Bajazet, se escaparon de la prision en que los habia encerrado Timurtasch, cruzaron toda la Capadocia y toda la Georgia, el uno disfrazado de batelero enseñando monos á los aldeanos, el otro cubierto con la

espesa cabellera de un dervis, no dejando expuesto su rostro á las miradas de sus antiguos vasallos. Estos dos proscritos, sedientos de venganza, llegaron de este modo á la llanura de Karabagh, en donde el numeroso ejército de Timur se hallaba acampado, no sabiendo si marchar hácia el Norte ó el Mediodia del Asia.

Un tercer príncipe, desposeido por Bajazet, el jóven soberano turcomano de Aidin, huyó igualmente de su torre, y ejercitando en el camino el oficio de bailarín de cuerda, llegó al mismo tiempo al refugio de los príncipes expropiados. Timur escuchó sus quejas, pretextó la venganza de los oprimidos y el castigo de la vida licenciosa de la corte de Bajazet, contraria á la ley del profeta, y abrazó su causa. Las noticias que recibia de todas partes del rápido acrecentamiento del poder de los turcos, antiguos compañeros suyos de las márgenes del Oxus, ofendieron su orgullo ó tentaron su valor. Creía que el mundo era pequeño para dos sultanes. Sin embargo, no descargó el golpe sin prevenir ni amenazar. Algunos embajadores, encargados de pedir á Bajazet explicaciones de su violencia y reparacion de sus injusticias con los príncipes independientes de su raza, partieron para Brusa, portadores de una carta imperiosa de Timur á Bajazet.

XVIII

Indignado este con el tono de la carta de un bárbaro que buscaba todavía un imperio errante en el Asia, mientras que el suyo, firme y sólido, se asentaba tres generaciones hacia en las comarcas mas civilizadas del Asia y de la Europa, dió por toda respuesta órden de matar al enviado que habia tenido valor para traer semejante pretension al pié de su trono. Los verdugos iban á ejecutar la sentencia del sultan, cuando el gran visir, el venerable scheik Bukara y el juez mayor de Brusa se arrodillaron á sus plantas, y le pidieron que no deshonrase á su nacion atentando á la inviolabilidad de los embajadores, aun cuando se tratara de los de un tártaro insolente. Cediendo Bajazet á sus consejos y sus súplicas, se contentó con injuriar á los diputados de Timur, y á entregarles una carta insultante y amenazadora para su señor.

Al oír la narracion de esta ofensa y la lectura de esta provocacion, Timur, que habia reunido mas de ochocientos mil hombres en la llanura de Karabagh,

no vaciló ya en lanzarse con ellos hácia el Asia Menor. Seguido por esta innumerable multitud que cubria á su paso provincias enteras, se dirigió á Siwas, fuerte y populosa ciudad del imperio otomano.

Siwas, en otro tiempo Sebasto, ciudad opulenta de la Grecia asiática, destruida y reedificada por la invasion del sultan seldjukida Alaeddin, abria el imperio por un costado. Rodeada de anchos fosos llenos de agua corriente, circunvalada de murallas de prodigioso espesor, poblada con ciento cincuenta mil almas, defendida por intrépidos armenios, parecia que desafiaba orgullosa los asaltos de la muchedumbre tártara que no poseia artillería de sitio para derribar sus fortificaciones. Timur se detuvo un momento, como si dudara, al aspecto de aquel baluarte del imperio. Pero el número de su gente suplía el arte de la guerra; pródigo de hombres, que el manantial perenne de la Tartaria renovaba sin cesar, puso á millares de soldados á minar las peñas que servian de cimientos á los muros, desecó los fosos con canales abiertos debajo de la ciudad; cortó los bosques de nogales para apuntalar con sus troncos las galerías subterráneas abiertas al pié de los fundamentos de las murallas; luego, encendiendo hogueras cerca de las torres minadas de la ciudad, vió que el suelo

se abria á sus piés y se las tragaba entre la llama y el polvo.

Veinte dias y veinte noches fueron suficientes para abrir brechas enormes entre estas ruinas. Siwas, descubierta y temblando ante él, no aguardó el asalto y se entregó. Timur prometió únicamente perdonar la vida á musulmanes y cristianos contentándose con su servidumbre. Pero apenas entró en Siwas, la inundó con la sangre de sus defensores. Fuese cólera, fuese política, su ferocidad estremeció al Oriente. ¡Cuatro mil otomanos fueron enterrados vivos hasta al cuello, y aguardaron de aquella suerte el fin de sus vidas y de sus tormentos; espectáculo digno de la brutalidad de los tártaros!

Los cristianos, echados de dos en dos en hoyos cubiertos con una tabla, y cargados en seguida de tierra, sufrieron una agonía prolongada bajo las tiendas de los tártaros, que oian sus gemidos. Los valientes fueron muertos para que no contagiaran con su valor á los cobardes; los cobardes murieron por su cobardía, que los hacia indignos de conservar la vida. Todo pretexto era bueno para la muerte. Timur hizo inmolar hasta á los desgraciados leprosos de los hospitales de Siwas, para que no se comunicase su enfermedad á los tártaros, entre quienes no era conocida. Exceptuando los muchachos propios para la esclavi-

tud, las jóvenes á propósito para los harens, todos los habitantes fueron ahogados en su sangre. Uno de los hijos de Bajazet, que gobernaba á Siwas, y que habia peleado como hijo y héroe contra los enemigos de su padre y de su raza, no sobrevivió mas que unos pocos dias para contemplar el suplicio de sus compañeros de armas. Arrastrado por el suelo detrás del caballo de Timur, su cabeza, cortada por orden del vencedor, fué echada para pasto de las águilas de Armenia.

XIX

Con la noticia de esta invasion, y de la muerte de su hijo, Bajazet Ilderim, recobrando su antigua actividad y despierto su valor en presencia del peligro, se apresuró á traer de Constantinopla, de Andrinópolis, de todas sus provincias de Europa y de Asia los ejércitos que cercaban á Bizancio y que habian hecho temblar la Hungría. Bajó del monte Olimpo á los valles que conducen á Siwas, puesto á la cabeza de todos los que podian empuñar las armas. Pero la imágen de su hijo vencido y asesinado, iba de-

lante de él. Su tristeza parecia de antemano un presentimiento de su suerte. Sus generales y sus cortesanos reconocian su valor, pero no su confianza y buen humor. Todo le parecia de mal agüero en el camino : habiendo oido una noche á un pastor que tocaba la flauta y que cantaba guardando sus camellos en un valle del mar de las Hojas :

« ¡ Ah ! le gritó melancólicamente Bajazet, no me
« cantes ahora otra cancion que esta, la única que
« me canto á mí mismo dentro de mi pecho : ¡ Sul-
« tan ! ; tú no debiste dejar caer á Siwas, ni perecer á
« tu hijo ! »

XX

Entretanto Timur se habia separado un poco despues de la toma de Siwas de la via recta de Bithinia para marchar sobre Alepo, donde tenia que vengar alguna injuria del sultan de Egipto, dueño entónces de Siria. Todas las tropas del Egipto, de la Siria y de la Arabia defendian á Alepo. El aspecto de los elefantes de Timur, desde los que los tártaros, instruidos por tráfugas griegos, lanzaban el fuego griego

asombró á los egipcios. Los inmóviles elefantes se ponen en movimiento por orden de Timur, que los mandaba. Animados del furor del combate, compartiendo las pasiones de los hombres, estos monstruos, invulnerables á los dardos de los árabes, cogian á los egipcios con sus trompas, los arrojaban contra sus compañeros, los pisoteaban, los hacian polvo, y abrian así, como gastadores, ancho paso á los tártaros.

XXI

El ejército egipcio, destrozado el orden de su centro, y envueltas sus alas por doscientos mil caballos, se precipitó con tal violencia terrorífica hácia la ciudad, que los fosos se colmaron de vivos y muertos apilados bajo las fortificaciones, y Timur, haciendo cruzar sus elefantes por este puente de cadáveres, entró de este modo en Alepo, ahogada como Siwas por este diluvio tártaro, el 30 de octubre del año 1400. Todo el que no pudo refugiarse en el Taurus, en el Líbano ó en el desierto, pereció ó fué hecho esclavo de las hordas de Timur. Sin embargo, como siempre, Timur

salvó y protegió á los literatos de la ciudad conquistada, despreciando absolutamente á la humanidad, no hacia mas excepcion que para los hombres pensadores.

Algunos dias despues de la conquista y del exterminio de la mayor parte de la poblacion, subió á la plataforma de la ciudadela, y se deleitó con el rico paisaje de los jardines, de las aguas, de las colinas y de las montañas de nieve del horizonte sirio de Alepo. Allí convocó en derredor suyo á los sabios, á los poetas y á los religiosos de aquella ciudad célebre por el cultivo de la literatura árabe, y conferenció con ellos no como maestro sino como discípulo; luego, en una conversacion festiva, les dirigió ciertas preguntas capciosas, cuya respuesta, si no era una adulacion, podia ser un peligro para sus interlocutores.

« Resolvedme, les dijo, dudas que los sabios de mis escuelas de Samarcanda no han sabido nunca aclararme. »

Todos se rechazaban mutuamente el peligroso honor de responder al vencedor de Alepo. El historiador Ibn-Schohne aceptó el diálogo :

« ¿ Quiénes han sido mártires, le preguntó el kan, á los ojos del cielo, en la batalla que se ha librado bajo vuestros muros ? »

— « Los que han peleado por la palabra de Dios, le contestó el historiador, sirviéndose de un texto del Coran. »

Timur se conformó con el ingenioso equívoco que dejaba á Dios el juicio de la justicia de la causa musulmana de ambas partes, sourió, y mostrando con la mano á los literatos de Alepo su pierna estropeada y la flaqueza de su cuerpo, gastado por la guerra y la vejez :

« Mirad, les dijo, no soy mas que medio hombre, y no obstante, he conquistado el Irak, la Persia y las Indias.

— Da gracias á Dios, le respondió el mufti de Alepo, y no mates á nadie.

— Dios es testigo, dijo con aparente sinceridad el destructor de tantos millones de hombres, que no hago morir á nadie con premeditacion; no, lo juro, no mato á nadie por crueldad; pero vosotros, vosotros asesináis vuestras almas! Id, os perdono la vida y os dejo vuestros bienes. »

Habiendo llegado la hora de la oracion de la tarde durante esta conferencia, oró, se prosternó, se arrojó con ellos como un simple creyente.

XXII

Él mismo no podia contener el torrente que habia desencadenado. Viniendo nuevos cuerpos de ejército unos tras de otros por espacio de veinte dias, saqueaban á pesar suyo todo lo que habian dejado los que los habian precedido. En tanto que Timur, segun la costumbre tártara, celebraba el festin de la victoria en la ciudad de Alepo, los gritos de los habitantes sacrificados se mezclaban con el cántico de sus músicos y con los himnos de sus poetas. Timur salió á reprimir la carnicería :

« Que se perdone la vida, dijo, á cristianos y musulmanes: yo hágo la guerra á los idólatras y á los asesinos de sus almas; sus cabezas son las que deben formar la pirámide que se va á levantar en mi nombre. »

Costeó las faldas del Libano, al dejar á Alepo, y avanzó por el valle del Bkaa hácia Baalbeck, ese prodigio inexplicado del desierto. Los gigantescos monumentos de Baalbeck, cuya construccion atribuyó á demonios ó genios, no pudiendo atribuirlos á los

hombres, le parecieron superiores á los de Persépolis. Sintió el aguijon de la envidia contra los soberanos incógnitos de aquellos misteriosos edificios. « Es « decir que han degenerado los mortales, exclamó, ó « han vegetado las piedras arrancadas de las canteras! » Los monumentos de Samarcanda le parecían mezquinos comparados á los de Baalbeck y á las ruinas de Palmira.

Su vanguardia tocaba ya , despues de haber atravesado el Ante-Líbano, en la llanura de Damasco, parecida á una Tartaria regada, arbolada y fertil. Contemplóla con placer desde lo alto de las colinas que le servian de cintura por la parte del Norte. El ejército egipcio entraba aterrado otra vez dentro de las puertas.

No hubo jamás ciudad mas propia para ser mirada desde una eminencia, y para tentar la ambicion de un conquistador. Cercada de verdes jardines, cuyos alberchigos cubren el suelo con su dorado fruto, al paso que siete rios bañan los prados á corta distancia de las montañas del Ante-Líbano, que sirven por un lado de sombrías murallas á este jardin de la Siria ; abierta por el otro al frente de un desierto sin horizonte, lleno de misterio, y en el fondo del cual, la imaginacion no se detiene hasta Babilonia ó Bagdad, Damasco, circundada de muros de mármol blanco y

negro, guarnecida de almenas, coronada de torres, lanzando como tulipanes de alabastro y de oro sus cúpulas y sus alminares dorados á un firmamento puro, oscurecia á Samarcanda, y ofrecia á los ojos de Timur la capital maravillosa que habia imaginado para la Tartaria. Damasco tenia además para él un carácter que unia la supersticion al prestigio. Era una ciudad sagrada ; era la mansion y el sepulcro de los califas omniadas, sucesores del profeta cuya fé profesaba él mismo , pretendiendo extenderla por toda la tierra. Largo rato permaneció en éxtasis, en súplica y adoracion ante aquel espectáculo de la ciudad santa. Al salir de aquella muda contemplacion, dió á su ejército las posiciones que le indicó su golpe de vista, ejercitado en tantos sitios y combates. No dudaba que capitularia pronto la ciudad.

XXIII

Sin embargo, una traicion doméstica difirió algunos dias su victoria. Un jóven insensato, Mirza Hussein, sobrino suyo, seducido por no se sabe qué ambicion quimérica, ó impelido á la ingratitud por des-